



Columna



Marcelo Sánchez

Gerente general de Fundación San Carlos de Maipo

Prevenir hoy para tener un futuro mañana

Chile está en una encrucijada. No podemos resignarnos a vivir con miedo ni aceptar que nuestras calles se han convertido en el territorio de las bandas y de las armas. La inseguridad no es simplemente una sensación, es una realidad pavimentada por el crimen organizado que está afianzándose en Chile.

El Instituto de Políticas Públicas de la Universidad Andrés Bello (UNAB), a través de su estudio sobre movilidad social multidimensional de 2024, entregó interesantes datos de la percepción de inseguridad. Los disparos, que solían ser episodios excepcionales, se han transformado en un hecho cotidiano. Solamente el 45,9% de los encuestados aseguró no haber sido testigo de balaceras en su barrio, en relación con el 79,9% que afirmó no haberlas presenciado en su etapa de adolescentes.

Las estadísticas también dan cuenta de un alarmante crecimiento de la exposición al tráfico de drogas y delitos violentos. Esto se dibuja con claridad en determinados grupos como las mujeres y los niños, quienes son los más perjudicados con las acciones delictivas en los territorios. Sin embargo, no son los únicos segmentos que se ven obligados a estar atentos para caminar a solos en la noche o jugar en una cancha convertida en campo de tiro, sino que también la transformación de los entornos de protección y socialización han derivado en un lugar violento y hostil, donde

se asfixia la cohesión social, abriendo brechas que ocupa el Narcotráfico y el Crimen Organizado. Percepción y realidad de inseguridad que erosiona la calidad de vida y que, además, se va sumando a otras modalidades de discriminación que viven los grupos más vulnerables.

Chile ha registrado un salto cualitativo en su delincuencia. La llegada del crimen organizado ha sido pródiga en nuevos delitos (que eran) poco frecuentes, como el secuestro, la extorsión y el Sicariato. Lamentablemente, estamos viendo un nivel de violencia delictual que transforma los códigos de convivencia y que, a la vez, destroza las relaciones interpersonales en el barrio.

Hoy, en que la acción del crimen organizado está acotada territorialmente, aún estamos a tiempo. Cambiar esta realidad supone instalar con fuerza una agenda temprana de prevención social, que aborde las causas y no sólo las consecuencias. Necesitamos fortalecer la prevención social, crear factores protectores en la familia, en la escuela, en la comunidad, así como dar una lucha frontal contra la exclusión social, recuperar los espacios degradados, de tal manera de cerrar la llave del involucramiento delictivo de niños y jóvenes para avanzar en torno al desarrollo positivo de la Infancia. Tenemos que atacar con fuerza hoy para tener un futuro mañana. No podemos esperar más. Dejemos de llegar tarde.